

LA DESOLACIÓN DEL SOMME

por

Isabel Pérez Martínez de Ubago

En 1918 todos mis amigos más cercanos excepto uno estaban muertos
J. R. R. Tolkien. Prefacio a la segunda edición de *El Señor de los Anillos*

Hubo un tiempo en el que la Tierra Media era verde, en el que los árboles cubrían toda su extensión. La paz y la armonía reinaban entre sus habitantes, todos los seres tenían su lugar y respetaban lo que estaba establecido. Pero del Este llegaron huestes oscuras y la destrucción era su signo. La devastación que provocaban estremecía a todos aquellos que escuchaban los relatos que traían los que habían logrado escapar. Y los pueblos amenazados tuvieron que luchar para poder sobrevivir. Fue así como llegaron al frente los batallones que se enfrentarían a los invasores y contemplaron en persona la desolación de la guerra.

Los cadáveres apenas dejaban ver la tierra embarrada sobre la que descansaban. Los restos de soldados y caballos, de carros, armas y árboles cubrían todo el paraje. Algunos miembros del batallón caminaban sin levantar la vista del suelo, evitando así contemplar el horror que les rodeaba. Otros, la mayoría, no podían apartar sus ojos de la destrucción que contemplaban, no tanto por adivinar qué había pasado como por imaginar lo que les podía esperar a ellos mismos.

- Vamos, John Ronald, ya no podemos hacer nada por ayudarles.

El oficial de señales Tolkien continuó caminando con enorme esfuerzo, arrastrando las botas llenas de barro y las piernas adormiladas por el esfuerzo y el miedo. Escuchó una especie de mugido ahogado a sus espaldas y, al mirar, pudo ver a uno de los soldados vomitar sobre el fango. El suboficial Tolkien decidió continuar el camino contemplando cada uno de sus pasos, sin mirar hacia delante. Aquellos hombres que yacían muertos sobre el campo habían logrado adelantar el frente unos pocos kilómetros, los suficientes para que su batallón avanzara hacia las tropas alemanas. Las intensas lluvias, a pesar de estar en mitad del mes de julio, hacían del terreno un cenagal que atrapaba el calzado y obligaba a emplearse a fondo para continuar caminando. John Ronald Tolkien pisó de nuevo, una y otra vez, un paso por cada uno de sus amigos, un paso por su esposa, un paso por su padre. Un paso por Frodo, otro por Sam, uno más por Aragorn, otro más por el Gris... Las piernas le pesaban y cada pisada le exigía un esfuerzo inimaginable. Era como atravesar las nieves de Caradhras, luchando contra la fuerza del viento, el frío y la espesa capa blanca que cubría el borde del abismo. Gandalf quiso adentrarse en aquel paso por no entrar en las minas de los enanos, pero los hobbits habrían muerto de frío si hubieran continuado, y el resto lo habría hecho bajo las rocas que Saruman arrancaba de la cima de las Montañas Blancas de Gondor. Sin embargo, Tolkien sabía que el camino que seguían era tan peligroso como el paso de Caradhras pues las órdenes eran claras. Debían tomar la colina de Ouillers y allí encontrarían agujeros donde esconderse, las

trincheras que les habían arrebatado a los alemanes unos días antes, como un reflejo del camino de Moria, las minas de los enanos.

Cuando entraron en el pequeño pueblo de La Boisselle se les heló la sangre; el pueblo ya no existía. Sólo había escombros y agujeros provocados por los obuses que, a pesar de no poder destruir nada más, seguían cayendo obsesivamente. Una devastación no se había visto así desde la caída de Osgiliath, según recordaba Tolkien, la anterior capital del Reino de Gondor que sucumbió al paso del tiempo y de las hordas de orcos durante la Guerra del Anillo. Los alemanes habían huido dejando atrás una red de trincheras que los Fusileros hicieron propias, sorprendidos por la altura de las paredes y la tarima que las recorría y que hacía que caminar por ellas fuera infinitamente más fácil que por las fosas enfangadas que preparaban los franceses o los británicos. La luna llena alumbraba con intensidad el campo de batalla y la leve brisa esparcía el olor a muerte por todas partes. No se pudo volver a por los heridos desde el primer día del ataque y llevaban dos semanas pudriéndose a la intemperie.

La 7ª Brigada no había tenido éxito y el 11º de Fusileros debía atacar al enemigo. Ensordecido por el ruido de los obuses alemanes, Tolkien intentaba mantener las comunicaciones. Las bombas caían sin descanso sobre las trincheras, la metralla volaba a su alrededor y, a pesar de que su puesto estaba bastante protegido, oía silbar las balas tan cerca que a veces dudaba de si le habían herido. El teniente coronel Bird le pidió que comunicara a su oficial que enviara a cincuenta hombres a La Boisselle; necesitaban más bombas y en el polvorín tenían más munición. Tolkien asintió y comenzó una nueva carrera por la trinchera, camino de la radio. Pero a pocos metros de donde se encontraba, un obús alemán logró colarse por la boca de la trinchera y estrellarse contra la pared. La onda de la detonación empujó a Tolkien contra el muro de la trinchera que quedaba a su espalda. A su alrededor volaban fragmentos de tierra y metralla que golpeaban todo lo que se cruzaba en su camino, incluida la mano izquierda de Tolkien, que frenó al menos el impacto sobre sus ojos. El ruido dejó al oficial de comunicaciones aturdido y casi sordo mientras con su mirada intentaba adivinar si el cielo y la tierra seguían en la misma posición. Había fognazos que le obligaban a cerrar los ojos de forma instintiva, gritos que clamaban entre la bruma y llamas que en lugar de aclarar acentuaban la atmósfera infernal de aquel agujero, pero que calentaban el aire como si un centenar de hogueras rodearan a los soldados.

Entonces lo vio. Tolkien se quedó paralizado, tanto que ya no podía cerrar los ojos. Un brillo se dibujaba levemente al final de la trinchera en la que se encontraba, destacando

entre el polvo y el humo, mirándole desafiante. Tolkien intentó incorporarse muy despacio para no provocar a aquella bestia que le observaba entre suaves ronquidos, como si un gato gigante fuera a despertar de su placentera siesta. El oficial miró a su alrededor en busca de algún camarada que confirmara lo que estaba viendo, pero estaban todos demasiados ocupados intentado huir del fuego alemán. Sin embargo Tolkien tenía frente a él un peligro aún mayor, envuelto en un halo rojizo y candente, dormitando en un frágil sueño. Un enorme dragón rojizo y dorado que expulsaba suaves sombras de humo por su nariz, encajonado de forma inexplicable en el angosto pasillo de la trinchera y que parecía esperar su momento para desperezarse y atacar. Un movimiento súbito del dragón hizo que Tolkien se incorporara en un respingo; entonces pudo ver más de aquella descomunal bestia pues acababa de abrir, lo que el espacio de la fosa le permitía, una de sus alas y bajo ella se adivinaba una cola que se perdía en la oscuridad de la trinchera. Aquel animal podía volar. Tolkien escuchó un nuevo estruendo sobre la trinchera que le hizo encoger los hombros y cerrar los ojos mientras se protegía como podía de la nueva lluvia de metralla y fragmentos de trinchera. Sin embargo, ese momento duró un suspiro pues no quería perder de vista al dragón rojo. Cuando Tolkien abrió los ojos, el dragón se había esfumado.

- ¡Tolkien! ¡Tolkien! Maldita sea, vigile su flanco izquierdo.

- ¡Sí, señor!

La voz del capitán había sacado a John Ronald de su ensoñación. Se giró con rapidez y asomó la cabeza por la curva que tenía la trinchera, allí donde juraría sobre la Biblia haber visto un dragón rojo y dorado. Continuó a la carrera saltando sobre los cuerpos inertes de muchos soldados, sin dejar caer ni por un segundo su vista sobre ninguno de ellos porque, muertos o heridos, él no podía ayudarles sino haciendo llegar el mensaje de buscar bombas en el polvorín de La Boisselle. Era como jugar al rugby, había que mirar al frente y evitar ser placado. Tolkien alcanzó el siguiente puesto tras una carrera que le dejó exhausto y exhibió ante sus hombres el mensaje que acababa de sacar de su casaca. Al dejarlo en manos del soldado los dos vieron las manchas de sangre que lo cubrían y ambos pensaron lo mismo; Tolkien se abrió la casaca con rapidez pero no, la sangre no era suya.

- Gracias a Dios, señor – susurró el soldado.

- Dense prisa, necesitamos munición.

El soldado asintió y fue en busca de más hombres. Tolkien apoyó la espalda contra la pared de la trinchera y se dejó caer lentamente hasta quedar sentado. En aquella zona de

los fosos la presión de la artillería alemana era un poco menor, lo que le permitió cerrar los ojos por unos instantes. Lo primero que le vino a la mente fue la mirada del soldado con el que acababa de hablar al ver la sangre sobre el papel del mensaje, comprendiendo la urgencia de la situación en el otro extremo de la trinchera. Nunca pensó que sería tan sencillo imprimir semejante intensidad a una de sus comunicaciones entre líneas. Era un sistema eficaz que deberían utilizar en Gondor para perfeccionar sus señales ante los ataques de los temibles orcos de Sauron. Las Almenaras de las Montañas Blancas no lograban lo suficiente, no hacían más que avisar del peligro pero no de la inminencia del ataque. Ni siquiera era posible saber qué atacante se avecinaba. Pero la mancha de sangre le dio la clave pues así cualquiera entendería quién atacaba y cuál era la urgencia de la petición de auxilio. El mismo Théoden lo entendería al ver una flecha de orco manchada con sangre. Así sabría que Gondor se encontraba asediada y creería la petición que el mensajero de Denethor le presentaba. Porque las noticias que le llevaba eran inquietantes y, a pesar de ser consciente del peligro, Théoden estaba demasiado tranquilo pues no conocía el alcance de la amenaza. La flecha roja le abriría los oídos ante la petición de Denethor y entendería que Mordor estaba reclutando ejércitos enteros de los reinos del Este. La flecha roja habría azuzado el temor del rey de Rohan y la mención a los Haradrim hecha por Hirgon le habría encogido las entrañas. Sí, así habría sido y así sería. Nadie había visto el peligro de esta maldita guerra hasta que fue demasiado tarde; si alguien hubiera llegado con una flecha alemana ensangrentada al Parlamento habría podido evitarse aquel infierno.

- ¡A cubierto! – junto a Tolkien, un soldado gritó con fuerza alertando a todos los que se encontraban cerca - ¡Granadas!

Tolkien se agazapó intentando hacerse uno con la tierra que rodeaba la trinchera, pero no le fue posible. Por el contrario se vio casi sepultado por todos los escombros que cayeron sobre él tras el impacto de los proyectiles. Entonces empezaron los gritos, los lamentos de quienes no habían conseguido protegerse a tiempo, las carreras de los sanitarios en un intento de retirar a los heridos antes de que una nueva lluvia de granadas destripara las trincheras. Tolkien se incorporó muy despacio y vio en el suelo, junto a él, un cuerpo inerte. Creyó que aquel soldado estaba muerto pero, de repente, vio que movía ligeramente la mano derecha. Se arrodilló junto a él y vio sus heridas, y comprendió al instante que no había necesidad de avisar a los sanitarios.

- Tranquilo, soldado – Tolkien le colocó suavemente en su regazo – En seguida llegará la ayuda.

- Señor, - su voz era un frágil susurro que obligó a Tolkien a acercarse un poco más a él – mi esposa... mi mujer...

- La verás pronto, soldado. Te mandarán a casa para que te recuperes – sabía que no era cierto, que moriría en pocos minutos.

- Ella... - el soldado cerró los ojos con cansancio – dígame que la querré siempre, que ella es mi vida, mi tesoro...

- Se lo dirás tú, soldado, cuando la veas – las lágrimas de Tolkien se mezclaban con el barro de su cara.

- Dele mi anillo, señor – el soldado intentó quitarse la alianza sin éxito – Un anillo para recordarme...

El silencio de la muerte rondó a Tolkien por un instante, hasta que el estruendo de la batalla le hizo volver a la realidad. El soldado había muerto; Tolkien le cerró los ojos y miró su mano. Con suavidad y un inmenso respeto sacó la alianza de oro de su dedo. Miró con detenimiento el anillo y vio que guardaba una inscripción en su interior pero la siguiente explosión le obligó a escapar de aquella zona de la trinchera sin poder leerla. Corrió en dirección a una posición más segura. Aquellos malditos alemanes parecían no tener medida ni descanso, llevaban horas bombardeando sin cesar y, a pesar de los esfuerzos británicos, daba la sensación de que no acusaban los ataques ni sufrían bajas. Eran como hordas de esos malditos orcos a los que Tolkien había visto en el Abismo de Helm, en la explanada que se extendía frente a Cuernavilla más allá de la base de la empalizada. No importaba lo alto que fuese el muro; no importaba lo profundo que fuera el foso; no importaba el número de hombres que les hicieran frente ni las flechas que les lanzaran. Su afán por matar iba contra la razón y la propia supervivencia. Aquella mancha oscura tenía sus miras puestas en el pueblo de Rohan y no se detendrían hasta cumplir la misión que Saruman les había encomendado, aunque aquello les supusiera perder la mitad de las bestias que formaban su ejército. Desde la cima del muro que protegía Cuernavilla la legión de monstruos creados por Saruman bajo Isengard dejaba sin aliento a quienes debían defender el Abismo de Helm. Los alemanes que les hostigaban desde la otra orilla del frente descargaban insistentemente sus obuses a pesar de haber perdido miles de hombres y de haber tenido que replegarse abandonando las trincheras que les protegían. Tolkien se había desorientado y había perdido los puntos de referencia, así que respiró profundamente y subió por una pequeña escala que todavía se mantenía entera para poder mirar por encima de la pared de aquella fosa. Entre las brumas creadas por los proyectiles alemanes adivinó algunas

figuras oscuras que se acercaban hacia sus posiciones, encubiertos por las nubes de polvo y humo que salían de los cráteres de las granadas. Siluetas que se acercaban veloces.

- ¡Fuego!

Entonces las siluetas comenzaron a caer bajo una lluvia de flechas procedentes de los muros de Cuernavilla. El joven Tolkien miraba la escena como si de un privilegiado espectador se tratara, absorto en los movimientos de los combatientes enemigos que caían como moscas. Decenas de orcos oscuros derrumbándose a medida que las saetas les acertaban en el cuello, su punto débil bajo las corazas que portaban. Sin embargo algunos de aquellos engendros tenían tiempo de responder con sus flechas negras y provocar más bajas en las fuerzas de la fortaleza.

- ¡Fuego!

De nuevo cayó una nube de granadas y balas sobre las siluetas negras. Tolkien vio a pocos metros de él un casco que, bajo los restos de barro, parecía ser gris. Alemán. Bajó de la escalera y miró a izquierda y derecha. Ya sabía dónde estaba, así que corrió hacia su izquierda en busca del puesto de comunicaciones. Cuando llegó confirmó con la mirada que el mensaje había sido entregado y que ya había hombres recogiendo las municiones en La Boisselle.

El teniente coronel Bird le indicó que se acercara.

- ¿Cómo está la zona de la que viene, Tolkien?

- Señor, los alemanes lanzan granadas como si su arsenal fuera infinito.

- Sin embargo, ninguno lo es – Bird miró a Tolkien – Lanzaremos un ataque con varios hombres del 11° de Fusileros. Por este lado, creo que están concentrando su ataque en el otro extremo. Podemos aprovecharlo. Comuniqué la orden.

- Sí, señor.

Tolkien se acercó a la radio e intentó comunicarse con el puesto del 11° de Fusileros. La orden estaba clara y el destino de muchos de aquellos hombres, también. La noche había avanzado y el amanecer llegaría pronto. Si conseguían mantenerse unas horas más y los Fusileros lograban empujar a los alemanes unas decenas de metros más atrás, durante el día podrían soñar con la victoria. Pero aquella noche parecía eterna, aunque el amanecer siempre es una esperanza para el hombre; así pensaba Aragorn, pues los aborrecibles orcos detestaban la luz del sol y el día les daría una ventaja sobre aquellas alimañas. Aun así, en el ejército de Saruman había hombres, había huargos y había uruks, gigantes orcos negros que no huían de la luz.

Tolkien logró hablar a duras penas con el 11° de Fusileros, pero pudo comunicar la orden y confirmar que se había recibido. Ahora no podía hacer otra cosa más que esperar a que aquellos hombres valerosos abrieran una brecha entre las tropas enemigas y el resto de los batallones tuvieran el camino abierto hacia la victoria. La mirada de Tolkien quedó pegada a la radio mientras imaginaba el camino que habían recorrido las ondas hasta llegar a su destino, cómo se habrían deslizado entre las voces de los soldados, entre los estallidos de las granadas y los gemidos de los heridos. Como el sonido de un cuerno en la inmensidad del Abismo de Helm avisaba a los sitiados de la llegada de los refuerzos. Un trueno entre el estruendo de la batalla que provocaría el temor entre las huestes del Saruman. Porque los primeros rayos de sol ya estaban apareciendo sobre las trincheras y el paisaje cambiaba por minutos, pasando de la penumbra a los suaves destellos del amanecer. Tolkien recordó que al mirar sobre las paredes de las fosas había visto un bosque tras las siluetas enemigas que caían bajo las granadas. Unos enormes árboles parecían esperar su momento para entrar en la batalla, no como retaguardia de los monstruos, sino como horquilla para cercar a los ejércitos oscuros. El valle se había convertido en un infierno durante la batalla y el bosque estaba sufriendo más que los propios combatientes pues era totalmente ajeno a los conflictos de los hombres. La imagen se hizo más vívida en la mente de Tolkien e imaginó a esos árboles como soldados en formación, expectantes, pendientes de la orden para el ataque. Si uno se detenía a escucharles con atención, aquellos árboles estaban enfurecidos, clamaban venganza contra aquellos que destruían su entorno, su casa, sus vidas; hablaban de matar y expulsar a quienes se adentraran en su bosque. Por eso Gimli, el enano, no quería aventurarse entre aquellos gigantes a pesar de las aclaraciones de Légolas sobre el odio de los árboles hacia los orcos, no hacia el resto de seres que atravesaran su arboleda. Decían que aquellos árboles procedían del Bosque de Fangorn, lo que significaba que estaban lejos de su hogar y que habían emprendido un largo camino porque la amenaza de Saruman y Sauron se cernía sobre toda la Tierra Media y todos los que la habitaban. Fue Bárbol, el gran líder de los ents, el que decidió llevar el bosque hacia Isengard para detener al ejército de bestias, hombres y semiorcos que Saruman tenía preparado para el ataque. Los devastadores uornos les acompañaban en la batalla, tal era la importancia de la batalla, y así exterminaron a los engendros de Saruman y destrozaron Isengard, acorralando a Saruman en la torre de Orthanc.

- Tolkien, hijo, será mejor que intente descansar un poco y, si le es posible, dormir – el teniente coronel Bird quería a su oficial de comunicaciones en las mejores condiciones posibles. Su suboficial le reemplazará.

- Sí, señor – respondió aliviado Tolkien – Gracias, señor.

Tolkien se dirigió a Bouzincourt, donde se encontraba la retaguardia de su batallón. Caminaba lentamente, casi arrastrando cada uno de sus pasos. Había perdido por completo la noción del tiempo, no recordaba cuántas veces había visto salir el sol ni si lo había visto en realidad. No quería recordar, sólo deseaba vaciar su mente, tumbarse, cerrar los ojos y dormir para poder después despertar de aquella pesadilla y encontrarse en su amada Tierra Media, en su pequeño pueblo de Sarehole, junto a su esposa.

- ¡Bandera blanca! – un reducido grupo de soldados se acercaba a la zona de los barracones - ¡Los alemanes se rinden!

Tolkien se detuvo y les miró confundido.

- ¡Señor, se han rendido! – le dijo uno de aquellos soldados – Hemos vencido.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro de Tolkien. Continuó caminando hacia el centro de oficiales. La alegría se desbordaba en todas las salas a pesar de que, según decían, todavía quedaban algunos grupos de alemanes luchando en las trincheras. Tolkien se acercó a comprobar si tenía algún mensaje. Su querido Geoffrey estaba también en Owilliers aunque en otro destacamento, y le había enviado una carta. Tolkien se alegró de tener noticias suyas después de la batalla. Sin embargo las noticias fueron devastadoras; su amigo Rob había muerto.